

AHIJUNA

HISTORIA LETRAS
POLITICA
ECONOMIA

"TIEMPLE Y CANTAREMOS JUNTOS..."

HERNANDEZ

varela

por qué entró en
salta en 1887

hernández obligado

testimonios ☆ los naciona-
les ☆ documentos ☆ leído y
comentado

1

DICIEMBRE 1967

PRECIO \$ 100.-

Representantes:

Pcia. de Buenos Aires: Efebe Distribuciones,
French 151, Avellaneda.

Pcia. de Entre Ríos: Carlos Ma. Quinodóz,
Corrientes 412 (n), Paraná.

Pcia. de Río Negro: Arnaldo Arnaíz, Av. Bel-
grano 98, San Carlos de Bariloche.

En venta en las siguientes librerías:

Capital Federal:

Huemul, Santa Fe 2237.
Splendid, Santa Fe 1923.
Casa Pardo, Callao 531.
Casavalle, Viamonte 452.

Mendoza:

Simoncini y Gómez, Buenos Aires 98.
García Santos S.R.L., Rivadavia 55.

Salta:

B. Salas e Hijos, Alberdi y Caseros.
El Colegio, Caseros 654.

Tucumán

Norte Libros, 24 de setiembre 616.

Córdoba:

Hogar del Libro, Deán Funes 256.
Nahuel, Entre Ríos 73, local 4.
San Pablo, 27 de abril 290.
Librería Córdoba, Deán Funes 75.
Librería Leal, Galería San Martín, local 13 B.

San Luis:

Pedro Anello, Belgrano 801.

Santa Fe:

Libretex, San Martín 2151.

Rosario:

Casa Rodino, Córdoba 2121.

Posadas:

Librería Pellegrini, Colón 280, local 13.

Río Cuarto:

Librería de la Patria, Vélez Sársfield 282.

Impreso en: Imprenta López.

Prohibida la reproducción total o parcial sin
previo permiso de los editores.

Suscripciones:

Anual (12 números) \$ 1.200.—

Semestral (6 números) „ 600.—

El ejemplar \$ 100.

Director: FERMÍN CHÁVEZ

Editor: Ediciones Nuestro Tiempo, S. en C. por A. (ef.)

Dirección y administración: Rivadavia 1255, 4º piso,
of. 406. T. E. 33-4049

El Nombre

LA palabra tiene larga tradición argentina. Na-
ce en pleno contrapunto de federales y uni-
tarios, allá por 1830, año en que la encontra-
mos en cielitos de “El Torito de los Muchachos”,
escritos casi con seguridad por Luis Pérez. Con
Ascasubi, la interpretación se consolida definiti-
vamente y con Hernández se pluraliza: ¡Ah! hijos
de una. Es una exclamación genuinamente argen-
tina que, en todo caso, indica una posición de con-
trapunto y de compromiso. De pueblo con defi-
niciones de compromiso.

Nuestro compromiso es, ante todo, con el país y,
para ser más claros, con esta Argentina de 1967
que está empeñada en una tarea de búsquedas
sustanciales. Somos protagonistas y testigos de
una patria que todavía no ha alcanzado bastante
autoconciencia nacional como para enfrentar con
decisión las fuerzas agresivas del presente. Las
nuevas generaciones, que han vivido en tiempo
escaso múltiples y contradictorias experiencias
políticas, no encuentran a menudo las razones
de tantos fracasos y repetidas frustraciones. Y
allí está la historia de los argentinos, mostrán-
dolos oficialmente una parte menuda de la verdad,
como un inmenso témpano flotante —la figura es
de Ramón Doll— que tiene su gran porción bajo
la superficie, sumergida.

Desde estas páginas mensuales no vamos a ha-
blar solamente de historia; pero la historia en sus
fases varias será como el *back-ground* sobre el que
se moverán imágenes y figuras. Nos preocupa
la gran parte sumergida del témpano, cuya reve-
lación nos ayudará, sin duda, a iluminar el pre-
sente y a preparar los caminos del porvenir, prin-
cipalmente en el campo de la cultura.

Salimos no negando, sino afirmando. Partimos
de la afirmación de que el país de los argentinos
ha andado mucho en los últimos treinta años; que
ha ganado en madurez y en autoconciencia; que
no se ha detenido espiritualmente, aun cuando se
haya deteriorado materialmente. En casi cuatro
decenios de altibajos y fracturas, hemos posible-
mente descubierto que la Argentina deberá cons-
truirse de adentro para afuera, afirmándose en
sus elementos nacionales y proyectando sobre la
conciencia de su pueblo las lecciones de voluntad
nacional que nos ofrece nuestra historia.

Nuestro ¡Ahijuna! es, más que para los de afue-
ra, para los de adentro. Para quienes, compatrio-
tas nuestros, no han llegado a distinguir aún que
son meros instrumentos, aun cuando sean honestos
instrumentos.

Segunda estancia de Francisco F. Fernández en Paysandú

Por LUIS SOLER CAÑAS

UNO de los literatos argentinos más curiosos del siglo pasado es, sin duda, Francisco F. Fernández, el batallador secretario de López Jordán que murió en 1922, octogenario ya, en los alrededores de Buenos Aires. Fue, como se sabe, uno de los más importantes precursores del teatro nacional, cuyas obras se representaron y aplaudieron con gran éxito, pese a su relativo valor dramático y estético. Escribió también novelas y versos, ejerciendo asiduamente el periodismo y la enseñanza. Olvidado en vida, poco lo recuerda la posteridad. Hay rasgos de su existencia, no obstante, que lo muestran como una personalidad inquieta, simpática y sincera en la defensa de sus convicciones. Y no todo cuanto escribiera ha de quedar sepultado entre las nieblas del tiempo: su primer "Solané" y algún vigoroso y realista documento político-social tal vez merezcan aducirse como elementos testimoniales de un período de nuestra evolución. Ahora queremos referirnos a una época de la existencia de Fernández que más que las otras permanecía aún en la penumbra: su residencia en el Uruguay después del desastre de Ñaembé y de su retorno al Paraguay. Para ello vamos a servirnos de una vieja revista sanduceña, "La Floresta Uruguaya", en cuyas páginas colaboró Fernández y donde pueden hallarse referencias a su actividad de exilado.

El primer número de "La Floresta Uruguaya" vio la luz en Paysandú el 2 de septiembre de 1877, dirigida por R. de Peñafort. (Nos referimos a la segunda época de esta publicación, única que hemos podido hallar; la primera, si nos atenemos a datos proporcionados por Elías Martínez Buteler en su biografía de Fernández, publicada en "Atlántida", tomo 13, habría sido obra personal de este último). En la lista de colaboradores figuran, entre otros, Carlos M. Ramírez, Pablo De María, Agustín P. Justo, Juan A. Mantero, Miguel Cané, Olegario Andrade, Martín Coronado, Agustina Andrade, Rafael Obligado, Juan A. Martínez, Alejo Peyret, Luis Telmo Pintos, Ernesto, Cecilia y Manuel Fernández Espiro, Victoriano Montes, Benigno Martínez y Félix F. Casemayor,

"distinguidos colaboradores —dicen las *Dos Palabras* iniciales— que han consentido poner su nombre al frente del periódico". A ellos se agregarían muy luego otros. Es de advertir que "La Floresta Uruguaya" se leía no sólo en Paysandú sino en otras localidades argentinas y uruguayas: Villa Colón, Concepción del Uruguay, Montevideo, Concordia, Salto, y que fue una revista de efectiva vinculación entre los hombres de letras de los dos países.

En ese primer número de la segunda época principia a publicarse una curiosísima obra de Fernández titulada *Viajes en derredor de las almas*, que ninguno de sus biógrafos recuerda, posiblemente porque no vio la luz en forma de volumen, y de la cual hemos hablado ya en otra ocasión. Fernández había escrito esta obra en 1872, cuando se hallaba desterrado en el Uruguay después de Ñaembé y preparaba la reacción jordanista desde Paysandú, y la había publicado anónima por vez primera en un diario, tal vez "El Proscripto", que redactó en esa oportunidad. Luego viajó al Paraguay, donde desarrolló gran actividad periodística y escribió varias obras que resultan hoy inhallables. En 1877 lo encontramos de nuevo en Paysandú, donde "La Floresta Uruguaya", reproduce durante varios números los mencionados "Viajes" y también algunas poesías suyas de antigua y reciente data. En el primer número de la publicación se inserta una poesía de Agustina Andrade, *Lágrima*, y una de Francisco F. Fernández titulada *Las dos lágrimas*, improvisada esta última por el autor de "Solané" al conocer la composición de su compatriota y comprovinciana, de cuyo padre era amigo y con quien había actuado en la política de su país.

En el 2º número se publicó otra poesía de Fernández, *Contemplaciones*, y en el 3º, *Dame tu savia*, ambas dedicadas a *Arminda*, quien es objeto de nuevos versos en el número siguiente. *Llora!*... figura en el número 7, y en el octavo *El arpa y la lágrima*, que se indica como *romanza arreglada a una composición musical*. No sería ésta la única vez que nuestro autor entreviera la posibilidad de

que sus versos se adecuasen al ritmo de la música: sabido es que escribió el libreto de una ópera cuya partitura se debió al maestro Saturnino F. Breón, así como varias canciones escolares. El noveno número de "La Floresta" recoge más versos de Fernández: *Sin tu amor*; en el número 11 aparece *Los héroes de la medicina y del dolor*, donde afirma que, si se creyese con fuerza para encarar de nuevo el teatro, "ningún tipo me cautivaría como el médico en sus situaciones extraordinarias".

No hay por qué ocultar que en general el verso de Fernández es flojo y que ninguna de estas composiciones, que llevan el sello de una definida inspiración romántica, pueden aspirar a la perduración. Sirvan de muestra dos estrofas de *Dame tu savia* que dicen: "Cual en la seca amarillenta rama / del mustia tronco, solitario enlaza / la verde *pasionaria* sus guirnaldas, / por el rocío celestial bañada; / en mi frente de arrugas ya surcada / por cruel infortunio mustia y pálida, / cuelga mi bien, de tus caricias / la verde y aromosa *pasionaria*".

La dirección de "La Floresta" anuncia en el segundo número la publicación de una serie de poesías en portugués y de este modo nos enteramos de que Francisco F. Fernández, hombre múltiple y laborioso, se encontraba entonces en relación con poetas de ese idioma: "Entre las que seguiremos publicando —se expresa— se encuentra una que el afamado poeta portugués Figueredo, dirigió inédita a D. Francisco F. Fernández por medio de la célebre poetisa Mariana de Andrade, que también dirigió otra al mismo Sr. Fernández, con quien está en relación epistolar desde el año 74".

El autor de "Solané" contaba con grandes y buenos amigos en la Banda Oriental. Ello traslúcese de continuo en las páginas de la revista sanduceña, cuyo director R. de Peñafort publica el 27 de septiembre de 1877 unos versos titulados *En el álbum de Francisco F. Fernández*, de los que se muestran los siguientes: "*De las virtudes, estimado amigo, / las blancas flores de tu vida hallé / cuando yo esclavo de mi sino airado / vine al destierro a retemplar mi fe. / Entre esas flores de tu leal ternura, / de místico perfume manantial, / tu cáliz de balsámicos efluvios / entreabrió la flor de la amistad; / Y ella mi ser lo saturó de aroma, / abrió una nueva ruta a mi razón. . . / Desde ese día que besé tu espíritu / Más soportable hallé la proscripción.*"

En ese mismo número se da noticia de la partida, efectuada días antes, de Fernández a Buenos Aires, donde fijará su residencia y desde donde

promete enviarles su colaboración. "*Con motivo de su partida —añádese—, ha quedado cerrada la cátedra de Filosofía, Historia y Derecho Natural, que había abierto ha más de un año, con el noble fin de satisfacer las ardientes aspiraciones de saber de la juventud sanducera. La Junta E. Administrativa: para honra de Paysandú y haciendo justicia al que como huésped e individuo de la familia humana ha prestado el contingente de su ilustración e inteligencia, durante su estadía entre nosotros, en contestación a la nota que por ese señor le fue dirigida, ha dicho las siguientes palabras: "La Comisión. . . ya que no puede dar a la juventud de este Municipio toda la protección que desea, se felicitaría que se ofreciesen personas tan competentes y desinteresados como Ud. para difundir la instrucción". En un número posterior, el 21 de octubre de 1887, refiriéndose a un nuevo inspector de escuelas, don Ramón López Lomba, se destaca su obra en favor de la juventud estudiosa, análoga a la de Fernández, a quien se llama "inolvidable catedrático".*

Una última noticia sobre el antiguo secretario de López Jordán hallamos en el número 11 de "La Floresta Uruguaya", del 11 de noviembre de 1877: "Don Francisco F. Fernández, sabemos que está regenteando una clase de Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires. También ha sido nombrado miembro de la Academia Argentina. Son dos puestos altamente honrosos, que el Sr. Fernández sabrá desempeñar con dignidad, talento e ilustración". El escritor, en efecto, habíase radicado en nuestra capital, abriéndose una nueva fase de su trajinada existencia. En las páginas de "La Floresta Uruguaya", su amigo Setembrino E. Pareda lo despedía con versos que trasuntan amistad y cariño: "*Un día, Fernández, vinistes a las playas / De Paysandú la grande, de la inmortal ciudad, / Ansiando entre nosotros hallar refugio santo, / Y bajo nuestro cielo, hogar y libertad. / Y fué cuando me cupo la dicha de admirarte, / Y fué cuando tus manos leales estreché: / En ellas se sentía arder la llama pura, / La llama sacrosanta, de la bendita fe.*"

Así terminaba la segunda estancia uruguaya de Francisco F. Fernández. Vuelto a su patria, aún le quedaría mucho por hacer, como funcionario, como catedrático, como político, como hombre apasionado por las letras y por las ciencias. De su tarea, vasta, múltiple, como de su vida, aguijoneada desde la juventud por nobles ideales, sólo queda hoy el pálido recuerdo de amarillentas páginas y el fervor respetuoso de quienes lo trataron en los años postreros de su existencia.

Negar la posibilidad del encuentro entre la inteligencia y la montonera es afirmar en forma lisa y llana la escisión del país, llevando a un enfrentamiento que décadas después reaparecería convertido en el grito "alpargatas sí, libros no", que erizó y sacudió de una pesada modorra a no pocos intelectuales argentinos. La afirmación de irreductibilidad de ambas tensiones entre sí, cierra el camino a toda integración y barre la posibilidad de todo progreso.

MARIANO N. CASTEX, S. J.

Felipe Varela en Salta

Por FERMÍN CHÁVEZ

CON motivo de la reciente conmemoración del centenario de la ocupación de la ciudad de Salta por el coronel Felipe Varela, el diario *El Tribuno* de aquella ciudad editó un suplemento especial dedicado a dichos episodios, y en el auditorio de Radio Güemes se realizó una mesa redonda en la que participaron el doctor Félix Luna, el padre Ramón Rosa Olmos, el doctor Gaspar Guzmán, el profesor Luis Oscar Colmenares, el doctor Gustavo Leguizamón y el señor José Juan Botelli. Sin duda, fueron dos acontecimientos culturales sobre los que llamamos la atención por todo lo que ellos indican del interés que los temas históricos despiertan en este momento en la vida del país.

Si bien en la publicación hecha por el diario nombrado se advierten un predominante enfoque localista, provincial, del tema Varela —en base a materiales aportados por Atilio Cornejo y por Francisco Centeno—, como así también una tendencia a desconocer que existan otros documentos como aquellos que podríamos llamar “oficialistas”, en la mesa redonda efectuada en Radio Güemes, el padre Rosa Olmos —prolijo estudioso de la figura de Varela— señaló que no es posible el estudio del pasado aislándolo de los hechos que configuran una determinada época, porque ningún episodio puede ser recordado desconociendo sus motivaciones; y en el caso de Varela, hizo la observación de que no un personaje surgido de la noche a la mañana, sino que tenía una larga actuación en el proceso político-social de la Confederación Argentina. Y así fue, en efecto, como ha sido ya demostrado por las últimas investigaciones sobre el polémico personaje.

Felipe Varela no invadió la provincia de Salta y ocupó su capital movido por propósitos de vandalaje, como algunos autores siguen afirmando, a sabiendas que no fue así. Y si Salta y sus autoridades fueron sorprendidas por Varela en su paso hacia el norte, en retirada, la responsabilidad hay que buscarla en otra parte y no transferirla a un solo villano de la historia. Si los salteños frac-

saron en su intento de frenar el avance del coronel catamarqueño, primero, y de evitar la entrada a la ciudad, después, convendrá examinar los hechos tal cual ocurrieron y hacer la correspondiente absolución de cuentas.

✱

Tres jefes nacionales, al mando de tres ejércitos, estaban en seguimiento de Varela desde julio de 1867, en que el catamarqueño inició su retirada hacia el norte: Antonino Taboada, José M. Arredondo y Octaviano Navarro. Sería bueno que los cronistas e historiadores salteños averiguaran lo que pasó con estos tres perseguidores del montonero federal, desde el 15 de julio de aquel año hasta el 10 de octubre y aún mucho después.

Si lo hicieran, descubrirían que Navarro, el más próximo seguidor de Varela, iba cuatro o cinco días atrás de este último. El 2 de agosto llegó a Tinogasta y allí permaneció más de diez días. Felipe Varela, el 15 de agosto, andaba ya por Antofagasta de la Sierra. En cuanto a Taboada, el 10 de agosto estaba en la ciudad de La Rioja; y en lo que concierne a Arredondo, andaba preocupado por algo más interesante que la guerra contra Varela: la candidatura de Sarmiento para la presidencia.

El presidente Mitre, desde la distancia, había percibido el raro juego en que andaban sus generales, interesados en no abandonar La Rioja y Catamarca por nada del mundo. Por eso, en carta a Marecos Paz escrita en los primeros días de setiembre, expresaba: “*He recibido también carta de Arredondo sobre el particular; pero no me explico cómo es que todos han derrotado a Varela, nadie lo ha visto de cerca, y a última hora se retira a Bolivia con 800 hombres, es decir, con todo el ejército que siempre tuvo*”. (Arch. del General Mitre, *Guerra del Paraguay*, tomo VI, pág. 243).

Desde Antofagasta de la Sierra, y en momentos en que en Buenos Aires corrían versiones optimistas sobre la huida de Varela, le fue fácil a este

último adelantar al coronel Sebastián Elizondo sobre los valles salteños y derrotar, el 29 de agosto, al coronel Pedro José Frías en Molinos. Cuarenta hombres le abrieron a Varela las puertas hacia los valles calchaquíes; pero ello no ocurrió por un derroche de valor de los federales de Elizondo, sino por el susto de don Peque Frías y por la adhesión de la población campesina de Salta al movimiento de Varela: la simpatía de la que no se habló en las recientes conmemoraciones y que aparece reflejada en diversos documentos de la época.

Los cronistas salteños se han olvidado de poner su mirada sobre la figura del coronel Aniceto Latorre, quien, desde principios de 1867, estaba en comunicación con los hombres del movimiento federal y particularmente con el catamarqueño. Y en la misma ciudad de Salta, la masa de la población, opositora a las pequeñas oligarquías lugareñas, simpatizaba con Urquiza y con los lugartenientes del Chacho, nuevamente en armas. Haré referencia a un documento inobjetable, escrito dos semanas después de Pozo de Vargas por una destacada figura del liberalismo.

El tucumano José Posse, en carta al gobernador santiagueño Absalón Ibarra del 27 de abril de 1867, decía lo siguiente:

“La diligencia de Salta llegó y con tal motivo queda en claro lo que allí ha pasado. El Gobierno estaba en jaque, aislado por los partidarios del Capitán General que querían pronunciarse en favor de la reacción. *La mayoría del pueblo de Salta quería esto y seguía a Latorre*, dejando solo a Dávalos que se mostraba leal y consecuente a sus manifestaciones oficiales. Parece que un cambio estaba preparado cuando llegó la noticia de la victoria del Poso de Vargas, que dejó helados a los que iban a dar el escándalo. Pero uno ha quedado en el pantano y es el gaucho Isidro López, que se sublevó después que dieron el último suspiro los reaccionarios, tomando la iniciativa en la revuelta preparada en la ciudad, alsándose en la frontera, y dejándolo colgado a los compañeros que no lo han seguido porque les llegó a tiempo la noticia de retroceder en la vía del crimen. Isidoro (sic) después de la atropellada que hizo a Trancas se retiró al Tala y allí permaneció con 50 hombres. Es seguro que hoy haya ganado los montes, perseguido por las fuerzas que han ido de aquí, y por las del Gobierno de Salta que entonado por las buenas noticias debe haber tomado su desquite.” (Reproducida en *Los Taboada*, de Gaspar Taboada, tomo III, pág. 514).

Cuando Varela se aproximó a la ciudad de Salta, ése era el clima espiritual de la población. Y esta realidad política explicaría la nada lucida actitud del gobernador Sixto Ovejero, quien —según Marcos Paz en carta a Mitre del 18 de setiembre—, “abandonó la provincia a la montonera” y se dirigió a Tucumán en busca de protección. Y no más lucida fue su actitud en la jornada del 10 de

octubre, cuando presidió el fuerte grupo “de todos los principales vecinos y combatientes” que se asiló en el convento de San Francisco, según detalles que nos da el general Manuel de Puch en carta al doctor Marcos Paz.

*

Felipe Varela, en retirada hacia el norte y aprovechando la debilidad política y militar de Salta en octubre de 1867, entró en la ciudad en razón de sus necesidades bélicas, para aprovisionarse de armas, caballos y municiones de boca. Antes de entrar a sangre y fuego, y conociendo la pobreza militar de la plaza —230 hombres mal armados—, intimó la rendición a los defensores y esperó el tiempo prudente para atacar.

Treinta y dos años antes, en setiembre de 1845, el italiano Garibaldi había entrado por sorpresa —sin ninguna intimidación previa a la ciudad entrerriana de Gualeguaychú y la había saqueado en una típica acción de guerra. Se reclutaron caballos, dice Garibaldi, *la ropa necesaria para vestir toda la gente, los arneses para la caballería, y algún dinero que se repartió entre nuestros pobres soldados y marineros, que tanto tiempo llevaban de miseria y privaciones*.

La analogía entre las dos acciones de guerra es evidente, con alguna ventaja histórica para Varela en cuanto al saqueo. Sin embargo, Garibaldi tiene un monumento en Plaza Italia y ha sido incorporado al santoral de los héroes rioplatenses por el liberalismo. A Felipe Varela, en cambio, se lo quiere privar del agua y de la sal. En cierto modo, quien le hizo justicia en su tiempo fue el propio gobernador Sixto Ovejero cuando, en carta que pocos recuerdan, expresaba textualmente: *debo decir con franqueza que los pueblos no saben a quien temer más: si a las hordas de Varela, o a las de Santiago del Estero*. Es decir, a las fuerzas de su aliado Taboada.

En toda esa campaña de mediados de 1867, el santiagueño Taboada se había mostrado sumamente remiso a pelear en serio con los montoneros federales. Y hoy ya no es un misterio que el principal perseguidor de Varela trataba de conservar su ejército intacto sin pasar Tucumán, porque lo que interesaba en ese momento era mantener posiciones con vistas a la futura presidencia de la República. La candidatura de Elizalde, a quien apoyaría Taboada, era la causante, en este caso, de la escasa actividad del astuto santiagueño.

En Tucumán, el gobernador Wenceslao Posse y su ministro el cura del Campo habían sido derrocados, a principios de julio, justamente por ser declarados adversarios de la candidatura de Elizalde.

Varela, después de dejar Salta, entró en Jujuy, el 13 de octubre, pero salió en seguida de dicha ciudad y siguió a ocupar la quebrada de Humahuaca. El general Navarro llegó a Jujuy recién el 23 de octubre. No iba, por lo visto, más ligero que Taboada aquel comprovinciano de Varela.

La inquisición en la enseñanza de la Historia

Por PEDRO DE PAOLI

CLARO que la historia es una ciencia, y como tal, sujeta a investigación, a análisis y también, a controversia. El dogma, o lo dogmático, no cabe en el estudio o exposición de la historia. Y de ahí que no quepa tampoco la inquisición, no en su sentido intrínseco de inquirir, sino en su acepción común de censurar, de prohibir, de imponer una definición, una supuesta verdad a priori.

La enseñanza de la Historia Argentina se comenzó a realizar desde la escuela elemental hasta la universidad como dogma, sujeta a la rigidez de una inquisición. ¡Guay del maestro o profesor que se separara del canon oficial dogmático! La severidad de la inquisición caía sobre el “desviado” comenzando por la cesantía y la inscripción en la “lista negra” Y terminaba con la eliminación de postulante a un nuevo cargo de maestro o profesor. Del todo no ha terminado este sistema. En las más de las escuelas elementales, normales, secundarias y universidades en el orden fiscal, rige aún. Los textos que deben usarse “sine qua non” están amoldados a esa modalidad o tendencia.

Pero han surgido las escuelas, institutos y universidades, donde la inquisición y el dogma no rigen. El maestro o profesor enseña Historia Argentina, y las demás, según las últimas investigaciones, la exhumación de documentos irrefutables, el análisis concienzudo con libros, o textos, escritos con entera libertad de conciencia. Y... y resulta que hechos históricos y personajes de nuestra historia aparecen distintos, muy distintos a los expuestos según la llamada historia oficial, regida por el dogma y la inquisición. Y los alumnos —y el pueblo argentino— cobran una nueva conciencia. Y entonces la política, y la formación de la conciencia nacional forjadas desde hace un siglo largo, resultan contrarias al verdadero interés nacional. Y aparecen próceres que no son tales, y caudillos bárbaros que eran la verdadera encarnación del pueblo argentino y de la más prístina conciencia nacional. Y hay, entonces, apellidos,

prestigios, y sobre todo intereses, que salen menudados. Y el conflicto se produce.

Y lo produce la Liga Argentina de Cultura Laica, redueto de la reacción ideológica y cultural de nuestro país, centro motor del liberalismo y personificación del dogma e inquisición en la enseñanza de la Historia Argentina.

Así nos lo informa “La Prensa” con fecha 26 de octubre del corriente año, página 5, columna primera, al detallar el gran pedido que hace al gobierno en el sentido de que se debe prohibir a los institutos privados de enseñanza que se enseñe con libertad de conciencia, previo análisis y exposición documentada que es como allí se enseña, la Historia Argentina.

En ese gran pedido se especifica que en esos institutos privados se difama, entre otros, a Sarmiento y Rivadavia, por ejemplo. Y se utilizan libros como *Historia de la Edad Moderna y Contemporánea*, de F. Arriola.

*

No sabemos en qué consiste la *difamación* de esos próceres. Dando un poco de vuelo a la imaginación, creemos que tal vez lo que ocurre, por ejemplo, con Sarmiento, es que algún profesor de esos institutos privados dirá en sus clases que el sanjuanino escribió: “Los argentinos somos pobres hombres llenos de pasiones y de ineptia, miserables pueblos, ignorantes, inmorales y apenas en la infancia. Somos una raza bastarda que no ocupa, sino que embaraza la tierra” (*Obras Completas*, tomo 52). “La clase decente forma la democracia, ella gobierna, ella legisla” (tomo 47). “El pueblo, por la necesidad de trabajar para vivir, no puede detenerse, y recibe las soluciones que le dan, preparadas, los que lo educan” (tomo 4). “Mitre ha de tener la gloria de establecer en toda la República el predominio de la clase culta, anu-

lando el levantamiento de las masas” (Archivo Mitre, tomo 9). “La milicia —no la escuela— me sirve para civilizar y domesticar los paisanos” (tomo 52). “El plan definitivo: asegurar los principales puntos de la República con batallones de línea, o lo que es lo mismo, apoyar las clases cultas con soldados contra el levantamiento del paisanaje” (tomo 9). “El ejercicio de la soberanía popular traería como consecuencia la elevación de un caudillo, que representa en todos sus instintos la mayoría numérica en despecho de la minoría ilustrada” (Archivo Mitre, tomo 9). “Cuando decimos pueblo entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes, patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues no ha de verse en nuestras cámaras (de diputados y senadores) ni gauchos, ni negros, ni pobres” (tomo 39). “Dar ilustración a las hijas de pobres y a las huérfanas es convertirlas en otras tantas Damas de las Camelias” (*Informe oficial del Director General de Escuelas de la Provincia de Bue-*

nos Aires don Domingo Faustino Sarmiento, año 1859, al clausurar la Escuela de Hijas de Pobres y de Huérfanas, perteneciente a la Sociedad de Damas de Beneficencia dirigida por doña Mariquita Sánchez de Mandeville. Archivo de la Provincia de Buenos Aires, Legajo 26). Ver también, *La Edad del Hombre*, del general Sarobe, y *Sarmiento*, de Pedro de Paoli.

Y aunque habría para más, basta con lo expuesto, que es lo que nos imaginamos que se expone con respecto a Sarmiento, y que la Liga Argentina de Cultura Laica, que no se atrevería a hacer suyas éstas y otras frases de Sarmiento, no quiere que se expliquen a los alumnos. ¡Defendiendo a esos próceres! Y tras de la defensa de éstos, ¿qué es lo que quieren seguir defendiendo?

En cuanto a Rivadavia, basta con el negociado de la “River Plate Mining Co.”, de la que era Presidente: punto de lanza de la invasión del imperialismo inglés y que Facundo Quiroga, con sus lanzas, lanzó y aventó fuera del país. Amén.

Para Hernández, “no ha lugar”

AL haberse cumplido por estos días, un nuevo aniversario del nacimiento de José Hernández, nos parece justo desagrararlo, tanto por los malos libros, tendenciosos, que periódicamente aparecen intentando enmendarle la plana, como por la estrecha mentalidad de ciertos funcionarios retaceadores de su gloria.

Ocurre lo siguiente: se gestionaba ante el organismo respectivo, fuese declarado Monumento Nacional el lugar donde nació el poeta, es decir, la antigua chacra de Pueyrredón, situada en lo que fue el antiguo caserío de Perdriel. Cualquier escolar relaciona este nombre con las invasiones inglesas, donde nuestras gentes criollas revelaron su temperamento y el espíritu de la raza.

Pero ha sobrevenido un dictamen sencillamente ridículo: no se accede a la petición en mérito a que el edificio en pie —donde funciona un Museo, todo lo humilde que se quiera, pero desbordante de sugerencias— *no reúne los valores arquitectónicos que justifiquen la declaración de Monumento Histórico.*

¿Desde cuándo puede cuestionarse la his-

toricidad de un lugar, supeditándolo a meros factores físicos como son los que determinan el estilo arquitectural?

Con tal peregrino criterio, debemos preguntarnos: ¿la tumba de la Recoleta, donde yacen los restos del insigne argentino, y que ha merecido ser declarada Monumento Nacional es gótica, barroca o renacentista?

¿No será, más vale, que en el seno del organismo llamado a discernir merecimientos, actúan emboscados pequeños personajes obedientes a las leyes siniestras de la llamada “política invisible”?

Resentidos a través de generaciones, los enemigos de Hernández libran desde sus laberintos burocráticos, estas ínfimas escaramuzas subrepticias. No se cubren de honor, por supuesto. Son consecuentes con el ardid eurialesco de cada día.

El pueblo los observa con atención y deplora que la decantada renovación de valores no alcance, por razones de salud moral, a los empecinados en negar permanentemente la autenticidad patricia, como en el caso que denunciamos.

A. S. U.

Testimonios

RICARDO CABALLERO

EL 16 de julio de 1963, murió en su quinta de Hume, próxima a Rosario, el doctor Ricardo Caballero, quien había nacido en Ballesteros Viejo (Córdoba), el 5 de diciembre de 1876. Con él desapareció uno de los grandes argentinos de la patria elemental y un auténtico sabio, de estirpe clásica, que bebía en su amado Hipócrates, en Rufo de Efeso, en Aulo Cornelio Celso, en Teofrasto y en Aristóteles. A él le debemos una de las mejores biografías de Pasteur y memorables páginas criollas donde se reflejó de cuerpo entero. Fue al mismo tiempo un espíritu moderno, que se carteaba con Fleming y que indagaba en el campo de la física nuclear y de las nuevas terapéuticas. En la Facultad de Medicina de Rosario, donde enseñó Materia Médica y Terapéutica y fundó la cátedra de Historia de las Ciencias Médicas, dejó un verdadero monumento del saber: la Biblioteca de Medicina Clásica por él formada. Su actuación dentro del radicalismo, en primera fila, y especialmente en la etapa revolucionaria, no puede ser condensada en una frase incidental. Las páginas que transcribimos, en su homenaje y recuerdo, pertenecen a su Yrigoyen, la conspiración civil y militar del 4 de febrero de 1905, libro aparecido en 1951.

JORDANISMO, RADICALISMO, FEDERALISMO

Acompañé al doctor Laurencena muy de cerca en la azarosa preparación de la campaña electoral pro-candidatura a gobernador de don Vicente Morán, así como en las elecciones nacionales de 1893, realizadas bajo el estado de sitio, en las que él, juntamente con don Fermín Uzin, fueron candidatos a diputados. Tan jóvenes éramos los miembros del club de la juventud radical que casi todos carecíamos de votos. El doctor Laurencena pertenecía a esa clase de políticos varoniles y románticos, de que nuestra patria y nuestra raza hispano-criolla han ofrecido tan altos ejemplos. Poseedor de gran cultura literaria y jurídica, unía a tal condición la de su alma delicada, bondadosa y suave. Su físico de apariencia débil, casi enfermizo, se erguía ante el peligro a impulso de su indomable valor personal. Me tocó estar a su lado en un sangriento incidente en el que fue actor, en el atrio de la Iglesia de San Miguel de Paraná.

En medio de las filas mismas de los adversarios, abofeteó a uno de los caudillos oficialistas de fuste, que intentó injuriarlo. No se habían extinguido los comentarios sobre este episodio, cuando en el interior del atrio se oyeron gritos y rumores de lucha. La voz de Solano Reyes, uno de los hombres más amigos del doctor Laurencena desde los tiempos de López Jordán, resonaba allí bravía y desafiante. El doctor Laurencena al oírlo no vaciló un momento. Yo le seguí. Se **arremangó** los puños almidonados de la camisa, además genuinamente criollo, y atropelló al entrevero, en cuyo centro Solano Reyes se defendía con la daga vivaz y temible de sus duelos criollos. Un hombre yacía a sus pies sobre un charco de sangre; parecía muerto, pero no era así. Lo había desvanecido un planazo en la cabeza que le aplicara Reyes. Se trataba de un correntino, Perelló, empleado en el puerto, que gozaba fama de guapo. Fiscal oficialista, Perelló impugnaba unos votos radicales y eso originó el incidente.

Cuando el doctor Laurencena llegó al lado de Solano Reyes y logró apartarlo del círculo de puñales amenazantes, quienes los esgrimían los bajaron en señal de respeto o de admiración. El doctor Laurencena se retiró llevando del brazo a su amigo y al mirar a su alrededor se dio conmigo: "¿Usted también aquí?", me dijo, y me arrastró con él. He sido, pues, testigo presencial de una escena de las viejas luchas electorales. Yo había oído el relato de un entrevero semejante en Balvanera, del que el doctor Alem salió con las barbas chamuscadas de un trabucazo. Se dice que aquellos tiempos eran de violencias y barbarie. Yo afirmo que eran los tiempos en los que el valor personal se apreciaba como la más alta de todas las virtudes.

Los vaivenes de la vida me alejaron del doctor Laurencena cuando abandoné la ciudad de Paraná en diciembre de 1894. La preparación del movimiento revolucionario del 4 de febrero de 1905 me acercó de nuevo a él. Cuando al fracaso de la revolución sucedieron los acontecimientos que he reseñado, hasta el triunfo de la Unión Cívica Radical de Santa Fe, el doctor Laurencena estuvo en permanente contacto con nosotros. Al llegar el turno de la lucha en Entre Ríos en 1914, nosotros fuimos a acompañarlo.

En los quince días que precedieron a la elección nos trasladamos a Paraná con el doctor Yrigoyen. Todos nos alojamos en el Hotel Sanguinetti. Pero antes de continuar refiriendo los acontecimientos vinculados al triunfo de la Unión Cívica Radical de Entre Ríos que significó la casi seguridad de la victoria de la elección presidencial, ya próxima, continuaré mi relato en el punto en que lo dejé. Hicimos acto de presencia en las carreras hasta la terminación de las mismas, motivo por el cual estuvimos de vuelta en la estancia de don Nicolás cerrada ya la noche. Creo que mientras los dirigentes actuales de la Unión Cívica Radical sean incapaces de

provocar la emoción del pasado en las masas populares, como lo hicieran Alem, Yrigoyen y tantos otros, este partido rodará sin alma como un inmenso conglomerado de intereses políticos más o menos fríos y prácticos.

Al tranco de nuestros caballos, envueltos en las sombras del crepúsculo que descendían lentas sobre las cuchillas entrerrianas, preguntamos a nuestros acompañantes: ¿desde qué tiempo conocían ustedes al doctor Laurencena? “Desde cuando era joven y estudiante en Buenos Aires y vino a incorporarse a la revolución de don Ricardo López Jordán”, nos respondieron casi a una voz. “En la Escuela Normal nos enseñaron —les dijimos nosotros—, que a don Ricardo lo acompañaron en sus tres levantamientos únicamente campesinos y gauchos ignorantes”. Ellos nos contestaron secamente: “Eso dirán los que no saben. Nosotros no más —agregaron— hemos conocido, combatiendo a su lado en Gualaguay y Gualaguaychú, a los Errasquin, a los Morán, a los Haedos, a los Laurencena, a los Paredes, a los Alvarez; en el Uruguay, a los Puchulos; al doctor Carlos María Querencia y a los Brian en Concordia; a los Sola, Aguilar, Ruiz, Cáceres, Pujato, de Victoria; a los Olivera, Velázquez, Montiel, Goró, de Villaguay; a los Navarro, de Nogoyá...; al profesor de historia que ustedes nombran, a ese don Ramón Medrano, pueden preguntarle si es o no verdad que siendo estudiante hizo todas las campañas de don Ricardo en un petiso sobresaliente, en el que se salvó a nado en la sorpresa de “Don Gonzalo”. Al paso de nuestros caballos, como ensimismados en sus recuerdos, continuaron haciendo desfilar otros nombres: Retamar, Alvarez, Pinto, Giménez, Pereyra, Rodríguez, Carriego, Villanueva, Marín, Zapata, Santillán, Churruarín, Mernes, Martínez...

Terminadas las elecciones de Entre Ríos y con la sensación de la victoria, que comprobó después el escrutinio, regresamos de aquella provincia acompañando al doctor Yrigoyen hasta Rosario, desde donde él continuó viaje en el vapor especialmente fletado que nos conducía. Mientras nos aproximábamos al puerto y a bordo se realizaban las maniobras de atraque, tuvimos un aparte incidental con el doctor Yrigoyen y el coronel don Ricardo Pereyra Rosas, sobrino nieto de don Juan Manuel de Rosas. Por ser una de las contadas ocasiones que he recogido de labios de Yrigoyen algún juicio sobre la

personalidad de Rosas, referiré aquí el contenido de aquella lejana conversación de 1914.

Hablábamos con el coronel Pereyra Rosas de la necesidad y conveniencia de mencionar en las próximas campañas proselitistas las fuentes históricas de la Unión Cívica Radical. Sosteniendo esta tesis, yo le decía al coronel Pereyra Rosas: se habrá dado cuenta que en Entre Ríos las masas radicales de sus indómitas poblaciones están formadas por los ex jordanistas, vale decir, por los federales auténticos que abandonaron a don Justo (Urquiza) cuando se entendió con los unitarios, entregándoles la provincia de Buenos Aires después de la revolución del 11 de setiembre de 1852; que reiteró la entrega cuando después de derrotarlos en Cepeda suscribió el ignominioso pacto del 11 de noviembre de 1859, y que estos entendimientos sospechados por el partido federal culminaron en la oscura batalla de Pavón, en 1861, con la retirada del general en jefe, del campo de batalla en el momento en que se había pronunciado la victoria en favor del ejército de la Confederación y cuando el enemigo se reconcentraba para rendirse en la estancia de Palacio; allí lo tenían ya cercado las infanterías mandadas por jefes como Laprida, Galarza, López Jordán, Francia, Virasoro, y la caballería de don Juan Saá, que regresaba después de haber dispersado y perseguido a la caballería porteña, escapando su jefe, el general Hornos, con el caballo lanceado. Acabamos de palpar, le agregaba, que el sentimiento argentino y federal no se ha extinguido en la población nativa y que a él debemos el brillante triunfo que indudablemente hemos obtenido.

Esta conversación era escuchada en silencio por el doctor Yrigoyen. Los tres interlocutores, cada uno en la esfera del propio origen, estoy seguro, nos sentimos arrastrados por los mismos recuerdos, envueltos en la caricia de los mismos imprecisos sueños y conmovidos por la misma evidencia. Al recordar el largo destierro del general Rosas, la terminante negativa para volver a participar de la vida política de su lejano país, a que lo incitaban amigos suyos inspirados por el propio vencedor, el doctor Yrigoyen nos interrumpió para decirnos: “Cuando ustedes estudien la personalidad del general Rosas, dirijan las investigaciones a destacar la nobleza y la altivez de la vida solitaria que llevó en el extranjero. Es para mí ese período de su existencia azarosa, el que ilumina con mejor luz el fondo de su recia personalidad”.

¿Martín Fierro o Melitón Fierro?

CON este título publicó en 1963 el profesor Angel Héctor Azeves, en su periódico “Remitido”, un suelto mediante el cual rectificaba lo escrito por Rafael P. Velázquez sobre la existencia de un paisano llamado *Martín Fierro*, de quien José Hernández habría tomado el nombre para el protagonista de su poema. Los documentos aportados por Azeves vinieron a demostrar que el gaucho preso, de 1866, no se llamaba Martín Fierro sino *Melitón Fierro* y, por tanto, mal podía haber servido a Hernández para bautizar a la figura literaria de su matrero memorable. A las referencias aportadas por Azeves vamos a agregar hoy una nueva, coincidente en lo que respecta al nombre del personaje en cuestión. Una noticia publicada por la

Gaceta Mercantil, en edición del 3 de marzo de 1846 y en la sección titulada “Introducción de ganado”, nos informa sobre un arreo de ganado efectuado desde el Salto, con destino a la tablada del norte, por don *Melitón Fierro*. Por esos mismos días, el citado diario porteño registra numerosos arreos de tropas conducidas por don Rafael Hernández, el padre del poeta gaucho. De todos modos, aun admitiendo que, en 1866, hubiese ocurrido en la provincia de Buenos Aires un episodio del que fuera protagonista un gaucho llamado Martín Fierro, es poco probable que la noticia llegase a oídos de Hernández, quien se encontraba exiliado en Paraná desde hacía diez años. La tesis de Velázquez, repetida en un libro reciente, no es pasable.

Los Nacionales

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ UNSAIN:

NACIÓ en 1919 en Rafaela, pero se crió en Paraná, donde estudió y empezó a escribir. Con su libro "Este es el campo", aparecido en 1942, se reveló como un poeta original y de claras raíces nacionales. Ya en Buenos Aires, fue subdirector de "Cabildo" y director de "Tribuna". Escribió con éxito para el teatro ("La muerte se está poniendo vieja", "Pesadilla", "La jaula"), y fue director del Teatro Nacional Cervantes, además de miembro de la Comisión Nacional de Cultura. Desde hace diez años vive en México, donde ha cumplido una labor destacada como guionista cinematográfico. El poema que reproducimos fue escrito hacia 1945, en momentos en que la Argentina sufría una fuerte presión exterior y el embajador yanqui se mezclaba en el problema político interno de los argentinos.

SUR Y NORTE DE AMÉRICA

Mírame donde estoy, apenas triste,
solitario desde hace tanto tiempo,
con las venas deshechas, sin su sangre,
temblando con oscuro sentimiento.

Mírame donde estoy, patria temible,
rodando como un río por el suelo,
desesperado, sin posible espera,
sin antes, sin bandera, sin consuelo.

Mírame patria, mírame llorando,
adivinando el rumbo de tu viento,
viendo crecer las fieras invasiones.
Ellos están aquí. Los extranjeros.

Aquí, donde tú eras la certeza
de un campo verde, un cielo azul, un pueblo,
un pueblo con vergüenza, con coraje,
ya sin felicidad, pero creciendo.
Aquí, donde la tierra miserable
era nuestra nomás y era en el cielo
donde moría la mejor frontera,
donde la libertad paraba vuelo.
Esta patria el Sur, bárbaro y alto,
el apampado Sur, el Sur violento,

sin otra industria que la del coraje,
sin otro dios que Dios, el del silencio.

Arriba de la rosa, por el Norte,
los ángeles malignos van creciendo,
convocando su guerra prodigiosa,
pudriendo el aire con su largo aliento.
Yo estoy aquí en el Sur. Pido con odio
que haya luz en los ojos de los ciegos,
que velen los que duermen y se afilen
los filos de los dientes y el acero.
Ellos están aquí, fuertes y hermosos,
ya están sus fuegos en la patria ardiendo,
ya se pervierte el alba y hay un soplo
de conquista, de sombras y de miedo.
Yo digo: que este Sur nos pertenece,
que todo es nuestro, simplemente nuestro,
y que hay que defenderlo con las uñas,
con la voz, con el alma, con el pecho,
o quedar una tarde azul y blanca
definitivamente libres. Muertos.

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ UNSAIN

Documentos

LAS BANDERAS DE OBLIGADO

EL 20 de noviembre se cumplieron 122 años de la acción de Obligado. De la jornada de fuego y de coraje de Obligado, en que los milicianos y artilleros de la Confederación Argentina nos dejaron una lección de autoconciencia nacional que no se ha repetido en la tierra de los argentinos. Fue esa jornada la que hizo decir al unitario Chilavert: "El estruendo del cañón de Obligado resonó en mi corazón; desde ese instante un solo deseo me anima: el de servir a mi patria en esa lucha de justicia y de gloria". No se diga que Chilavert era un desarraigado; ni el San Martín que dijo semanas después: "los interventores habrán visto por este échatillon que los argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que abrir la boca". Es sabido que los invasores sólo pudieron llevarse como recuerdo algunos viejos cañones de bronce, pero no la bandera de guerra, que fue destrozada por el fuego del combate. A propósito de las banderas de Obligado, reproducimos aquí un texto, casi inédito, de Rafael Hernández, el "hermano menor de Martín Fierro", en el que se manifiesta —cincuenta años después de Obligado— el innegable sentido nacional de aquel hecho de armas. En 1845, Rafael Hernández tenía cinco años de edad. Hoy ese sentido nacional ha sido olímpicamente ignorado por un gobierno nacido de la fuerza de las armas.

Señor Jorge Cardasi.

Estimado amigo: Cumpló mi promesa de ayer, fijando las fechas relativas a los hechos de armas Argentino-Franceses, en los cuales puedan éstos haber tomado la bandera Argentina que según nos dijo el señor Albusuri se ostenta como trofeo de guerra en el Louvre.

A consecuencia de un desaire hecho por Rozas al cónsul francés Roger, sindicado como su enemigo, negándose a reconocerlo como tal, y aceptar las reclamaciones de perjuicios alegados por súbditos de Luis Felipe, declaró el bloqueo en marzo de 1838; mientras se mantuvo esta declaración no recuerdo que tuviese lugar ningún hecho de armas en que perdiéramos bandera alguna.

Como le dije, podía referirse al ataque a Martín García en octubre de aquel mismo año 38, en que esta isla defendida por el Coronel Gerónimo Costa tenía una guarnición de 120 hombres, de los que sólo 21 eran de línea, siete artilleros y una batería de tres piezas.

La escuadra francesa desembarca 500 hombres, sostenidos por sus fuegos de muchos barcos, y cuando se agotaron las municiones, diezmada su fuerza, se rindió Costa siendo tratado por el venedor con las mayores consideraciones, en homenaje a su valentía.

Por eso se le llamó el héroe de Martín García; lo que no impidió que el Gobernador Obligado lo mandase fusilar sin más trámite, tres días después de su capitulación en Villa Mayor.

Aquella exigua guarnición no podía tener bandera. Cuando en el año 44, Inglaterra, Francia y Brasil pretendieron intervenir en los asuntos del Plata con motivo de la guerra de Oribe, Rozas rechazó tenazmente aquella intromisión, y las tres naciones, a los unitarios y gobierno de los colorados en Montevideo, declararon el bloqueo de nuestras costas y las orientales bajo la obediencia de Oribe.

Su primer acto y sin previa declaración de guerra, fue asaltar en el puerto de Montevideo nuestra escuadra, por sorpresa y con felonía, apoderarse de los barcos y tomar prisionero a Brown con los tripulantes. Quince días de esta acción, declararon el bloqueo.

Paréceme que para arrojarse a tan desdolorosa acción habrán tomado consejo del valor respectivo de cada país, y considerando que los flexibles compatriotas de Brown (equivalente a cualquier pelotari criollo) valían tanto o más, al abordaje, que sus enhiestos marinos.

El Brasil abandonó pronto la empresa, sin resarcirse de un solo laurel de los que le arrancamos en Bacacay con Lavalle, en Ombú, con Mansilla y en Ituzaingó con todos aquellos patriotas de alto ejemplo, a cuyo recuerdo van nuestra mano sin pensarlo, a quitarnos el sombrero.

La abandonó, sin recobrar una chalupa siquiera, a cuentas de las altas naves artilladas que le echaron a pique nuestros marinos en Los Pozos, como en el Juncal, donde quedó el resto de su escuadra, prisionera de Brown con su jefe y todos sus tripulantes. En Quilmes, donde una sola corbeta que voló, perdió 117 hombres de 120 que tenía.

En el ataque al pueblo de Villarino quedó vencida y prisionera toda la expedición invasora con sus cuatro buques, y finalmente el legendario desastre que sufrió en Patagones el 7 de marzo de 1827, en que 25 gauchos les quemaron vivos en un pajonal sus infantes, mataron al general inglés que los mandaba y se apoderaron de los cinco buques que componían la escuadra expedicionaria.

Esa fecha como Ud. sabe, se conmemora anualmente en aquel pueblo, y con esto terminó la famosa declaración de guerra que nos formuló el imperio en 1825.

Después de cuatro misiones diplomáticas en que tentaron inútilmente arreglos con Rozas, que éste siempre

rechazó con altivez, la Inglaterra también levantó el bloqueo a medidas del 47, dejando sola a la Francia y ésta se vio forzada a levantarlo al año siguiente (1848), sin haber conseguido la más mínima ventaja ni en las armas ni en la diplomacia.

Es durante esta campaña que tuvo lugar el famoso Combate de Obligado, punto defendido por el General Mansilla, con 35 cañones viejos y cadenas atravesadas en el Paraná.

La escuadra aliada, compuesta de 11 buques con 130 cañones de gran calibre y últimos modelos, logró cortar las cadenas, por heroica acción de un capitán inglés, y después de nueve horas de combate desigual, cayendo heridos el General Mansilla, ocuparon el sitio dejando centenares de muertos.

Los nuestros se retiraron con sus armas, sus heridos,

sus cañones y también con su BANDERA. No conozco dato, ni oí decir jamás que allí nos hubieran tomado ninguna bandera, ni siquiera cualquier insignia patria.

Si alguna bandera se hubiera tomado entonces, sería "la de Rozas", que como es sabido había cambiado las fajas celestes sustituyéndolas por coloradas.

No tengo otros datos por el momento y para no fastidiarlo más, corto sobre la raya y remato el tanto a lo Blandengue, que era el apodo pelotari de su siempre amigo

RAFAEL HERNÁNDEZ

4-24-98 s/c Charcas 1432

(Gentileza de D. Roberto F. Hernández, Tucumán).

SI, SI, NO NO...

"Hay un amigo mío que no sé si puedo llamar "extranjero" aunque nacido en Italia (*"nato sul bordo del Adriaco Mare"*, como diría él, que es buen poeta italiano) el cual me dice: "Ma! Este es un país *anómalo!*" —¿Qué entiende Ud. por *anómalo*? —Ma! Todos lo saben. ¡Anomalías! —Hay anomalías, le respondí, pero el país NO es *anómalo*. —*Sarebbe a dire?* —Mire: el país ESTÁ *anómalo*, que no es lo mismo. ES significa esencia, y ESTÁ denota estado. ESTAMOS *anómalo*s ¿y qué? Uds. en Italia también han estado *anómalo*s alguna vez ¿o no? Hoy día muchos o quizás todas las naciones del mundo están *anómalo*s —menos España tal vez."

(Jerónimo del Rey, en "Jauja")

*

"El apalea a los mitos: Carlos Gardel, Boca Juniors, etc., etc., es un viejo *yeite* al que han apelado lejanos antecesores en las letras; método al que ahora recurre el escritor Raúl Ortelli al tratar de pulverizar a Martín Fierro, en una versión mediocre y tendenciosa, entre las múltiples embestidas que ha soportado el poema de Hernández... La crítica social, de todos modos, la han hecho y frondosamente nada menos que Martínez Estrada y Borges, entre otros; nada pudieron, el libro, y su sentido telúrico, circulan como el aire. Por contraposición harán más desdichada la suerte de "El otro Martín Fierro".

(Jorge Melazza Muttoni, en "Gente")

*

"—Si a usted lo obligan a dejar la Argentina, ¿qué haría?

"—¿Obligar? No veo por qué. No me iría. Pelearía hasta el fin. No sé... apelaría a la Corte Suprema. Tengo amigos, mis hijos son argentinos. A este país le debo todo. De haberme querido ir lo hubiese hecho hace tiempo. No, realmente me quedo. Mi preocupación es hacer cine, pero teniendo siempre algo que decir".

(Lautaro Murúa, en "Gente")

*

"P.: Diga algo que le dé rabia.

R.: Sí. Que los escritores argentinos no están acostumbrados a la crítica. La mayoría tiene una vanidad casi paranoica. Casi siempre hacer una crítica desfavorable es perder un amigo.

P.: Algo con más rabia, todavía.

R.: Sí. Que mientras en nuestro país se quemaban libros, en un suplemento dominical aparecían divagaciones "poéticas" sobre un escarabajo asoleado en Brasil".

(Horacio Salas, reportaje en "Análisis")

*

"El materialismo, como filosofía y aun en sus aplicaciones políticas, ya cerró su ciclo; el espíritu, hasta hoy olvidado, comienza a trascender, y así lo demuestra la reactualización de las ciencias más antiguas: alquimia, magia, astrología. La mística de la coherencia contemporánea es ejemplo del deseo de trascender que tiene el hombre; mi tesis es que deberá hacerlo por medio del espíritu".

(Leopoldo Marechal, en "Análisis")

“El otro Martín Fierro”

Camarada Raúl Ortelli:

Una apreciación sucinta de tu libro reciente, me impresiona como si te hubieras largado a galopar donde “hay agujeros”... Desde el revirado Olimpo de mis canas —senecto Júpiter de pacotilla, al fin—, desciendo entonces para tirarte alegremente las orejas.

Comienzas por aplicar un golpe bajo, con lo cual te expones a quedar descalificado en el primer round: ¿por qué dices “extraordinaria”, en la estrofa inicial, de la pena que desvela al protagonista? ¿Será para sostener a renglón seguido que “extraordinaria” es “palabra de puebleró”? En tal caso conviene refrescarte la memoria. La más modesta edición de “Martín Fierro” te hará saber que Hernández empleó: “**est**roordinaria”, así, como suena.

Con respecto a vihuela, por guitarra, me limito a notificarte: todavía es usual, no porque se ignore de qué preciso tipo de instrumento se trata, sino por costumbre, por hábito, hasta por cierta modalidad festiva y socarrona, si prefieres. “Alcanzáme la vihuela”, “voy a buscar la vihuela”, a veces “la viola”, son dichos que escucho a menudo en el Buenos Aires actual.

A simple vista denotas un desordenado afán crítico. Andas a salto de mata, furtivo cazador obstinado en cobrar cualquier clase de pieza. Si no te conociera, hubiese llegado a pensar en deliberada mala fe. Abundas en disgresiones; entras y sales del poema, confiandamente; operas transposición de personajes imputando a Fierro lo que dijeron Cruz o Viscacha, y viceversa; omites recordar qué trabajos cumplió Fierro en ocasiones, para acusarlo de vago y haragán; olvidas que, ante la persecución manifiesta, Fierro declara:

“Yo he sido manso primero
y seré gaucho matronero”
.....

y luego:

“Pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros”.

Antes se había propuesto:

“Y ninguno dende hoy
ha de llevarme en la armada”.

de un hombre acosado puede esperarse todo, hasta su familiaridad con el delito, incluso.

Me alarmo verdaderamente ante la intoxicación que Borges ha provocado en tu espíritu. Porque vos no puedes suscribir la maligna conjetura de que Hernández plagió a Lussich. ¿Conoces los términos de la carta con que éste acompañó el envío de “Los tres gauchos orientales”?

“...tuve el honor de ser presentado a Ud. En una de mis visitas, haciendo referencia a la última campaña revolucionaria de mi patria y a los sufrimientos de nuestros soldados, me dijo Ud. que un amigo le había hablado respecto de algunas producciones inéditas que yo había escrito en el estilo especial que usan nuestros hombres de campo y que tuviese a bien mostrárselas. Aunque excesivamente pobres, no vacilé un momento en remitírselas, esperando se dignara darme su valioso e imparcial fallo.

Después de haberlas visto me estimuló a su cultivo, augurándome una buena acogida.

Bajo tan halagadoras esperanzas y comprendiendo sus buenos deseos, traté de hacer algo que, aunque quizás incompleto por mi poco contacto con aquel elemento, pudiese al menos probarle que no había echado en olvido sus benévolo**s** consejos”.

El subrayado es mío.

He aquí parte de la respuesta de Hernández:

“Al estimularlo a Ud. al cultivo de ese género tan difícil de nuestra literatura, lo hacía persuadido de que sabría triunfar de todas las dificultades que presenta, vencer todos los escollos e igualar, si no exceder, a los que en esos retratos del gaucho se han aproximado más al original”.

Pregunto yo a mi vez: ¿quién recibió estímulos de quién? Y si a esto añades que Lussich dedicó su obra a nuestro poeta, movido por un sentimiento de gratitud, como queda demostrado, ¿puede sostenerse irresponsablemente que existió plagio?

Por lo demás, si alguna duda pudiera subsistir, es prudente consultar el volumen nº 56 de la Biblioteca Artigas, Montevideo, donde una estudiosa uruguaya deja perfectamente esclarecido que, entre la primera y posteriores ediciones de “Los Tres Gauchos Orientales”, Lussich introdujo la friolera de por lo menos 250 correcciones, acatando así los sabios consejos de Hernández. Borges, por su parte, no había efectuado la compulsión.

También me parece pueril tu empeño en demostrar que “M. F.” desborda de dichos, giros, coplas y sentencias nacidas en España. El gaucho castizo no fue otra cosa que un mareante español surcando el también proceloso mar pampeano. Si no llegó a galeote, debe haber sido porque el caballo remó por él... No es novedad conjeturar que “M. F.” es un verdadero repositorio clásico. Las influencias rastreadas exceden lo meramente hispánico, es decir, Lope, Calderón, Espronceda, Séneca (por favor no pierdas de vista a Espronceda); e incluyen a Epicteto, Dante, etc. y alguien de quien me alcanza el dato mi entrañable amigo Fermín Chávez: Publius Syrus, romano, poeta gnómico, con el siguiente verso:

“Máximo pericoll custoditur
quod multis placet”.

que, en el trasiego de Hernández resulta:

“...es muy difícil guardar
prendas que otros codicean”.

Y ahora vuelvo a Espronceda. Busca “El Diablo Mundo”, Canto 4º. Allí hay un don Lucas que es la prefiguración de Viscacha. Hernández lo trasplantó, recreándolo. ¿Vamos a acusarlo de plagiarlo?

Todos lo somos sin proponérselo. Quedan en el subconsciente vivencias de lecturas y conocimientos. El habla popular, la tradición oral hacen lo demás. A cada instante repetimos, sin saberlo quizás, cosas que ya han sido dichas. Vos mismo, por ejemplo, aludes en tu libro a **caballos lerdos y mujeres ligeras**, sin emplear el entrecamillado correspondiente, tratándose de una antigua locución inglesa.

Como no es posible refutar todas tus afirmaciones, escojo algunas que me han llamado la atención.

Sobre "fandanguillo". Dudas que Cruz pudiera haberlo visto bailar hace por lo menos cien años, y luego cuentas que en una estancia de San Antonio de Areco lo presenciaste, en el presente siglo, por supuesto. Baile degenerado del fandango, popularísimo en España, en algún momento fuese conocido en nuestra campaña. Lo demuestran Mantegazza y Ventura R. Lynch.

Sobre "matucho". ¡Oh, inocente pueblerito! ¿Conque procede de "matón"? ¿Hablas en serio? ¿No sabes que viene de "matadura"?

Cuando Fierro califica de "matucho" a su moro (anteponiendo lo de "sobresaliente") —tal aparente contradicción no implica más que la modalidad del gaucho para ponderar su caballo, escondiendo de paso la partida.

Si no hubiera muy bueno su "moro de número" (vale decir: de primera) —es seguro que no ganara en Ayacucho "más plata que agua bendita". Y esta expresión debe ser considerada en términos de **valor**, no de **cantidad**. Fierro se refiere, primariamente desde luego, al factor cualitativo, no cuantitativo. Un gaucho rudimentario que a cada instante invoca al Cielo, cita a numerosos Santos, alguna vez se encomendó a la Virgen, piensa en la Providencia y "La Divina Magestá"; temeroso de Dios, en suma, es lógico reputa más valiosa el agua bendita que el montón de pesos ganado en las carreras. Hay otro ejemplo de cómo, apelando a un despectivo, Fierro designa a un potro en el acto de su doma:

"Y en las playas coreoblando
pedazos se hacía el sotreta".

Cualquier criollo sabe que no son precisamente "sotretas" los que se acostumbra domar.

Aplicando celo valbuenístico, igualmente sería objetable aquello de:

"...se hacía astillas el bagual".

Porque no es frágil el bagual y, en definitiva, los baguales y nosotros de carne somos y no de material astillable.

Sobre "pango". Tampoco has logrado averiguar qué es volverse todo "pango", y supones muy suelto de cuerpo que Hernández inventó la expresión forzado por la rima. No hay tal. En el Uruguay circulaba mucho entre los morenos. Luego curdió. La aplicaban para indicar "desorden", "bullicio", "confusión" y algo más crudo todavía. El propio Lussich la emplea con el mismo sentido.

En esto de la lexicografía de "M. F." no debe centrarse la observación pensando solamente en el lenguaje que usaban los gauchos de la provincia de Buenos Aires. Hernández anduvo también por Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, y por Río Grande del Sur, y por la Banda Oriental, enriqueciendo su vocabulario con palabras tomadas en todas partes. Púedese comprobarlo leyendo detenidamente el poema que, en eso sí estamos de acuerdo, no es totalmente épico como pretendió Lugones, ni religioso como sostuvo Leumann.

Antes de pasar a otras consideraciones, a modo de nota jocunda quiero brindarte una flor de disparate —aplicando tu criterio— que parece haberte pasado inadvertido. Picardía, haciendo honor a su nombre, narra:

"Yo me lavo", dijo el Juez,
como Pilatos los pies".

La alteración del hecho bíblico, este cambio de extremidades, ¿también obedecerá a exigencias poéticas?...

Evidentemente, "Juez" no encuentra rima con "manos". Como hombre culto, preventivo e higiénico, además, procedo a lavármelas en seguida dejándote la preocupación...

Tu reconocida malquerencia a Hernández te induce frecuentemente a evadirte del contexto decidiéndote a incursionar en su vida pública. Es cierto que se contradijo y se rectificó muchas veces. Estuvo con Urquiza y se distanció frente a sus reiteradas defecciones. En

1868 pidió que fuese el Rosario la Capital de la República, y en 1880 derrotó a Alem, que había asumido su tesis) sosteniendo la federalización de Buenos Aires. Es totalmente exacto que fue el gran contendor de Sarmiento, pero no lo es menos que, ante necesidades de la Patria se reconcilió con él, y juntos lucharon al lado de Avellaneda para mantener y vigorizar el orden constitucional.

De cualquier manera, esto no hace a la trascendencia del poema. Queda incommovible su denuncia del estado social imperante, su clamor frente a la injusticia ensañada contra los humildes y desheredados hombres rurales.

En cuanto a la verificación perfecta de los modismos y sentencias consignadas, no hay duda que muchas no han podido ser objeto de confirmación. Hay asertos firmes y referencias perplejas. Hernández, conocedor profundo, metido hasta el tuétano en la personalidad del gaucho, tuvo la sabiduría de expresarse como él y dijo, en su estilo de hombre-pueblo, las creencias y supercherías que presidían su trajinada existencia.

Esto, lo anecdótico, lo trivial, puede ser materia de controversia. Hace ya 40 años lo intentó Rodolfo Senet, ensayando toda suerte de fundamentos. Se animan; pero no logran corregirle la plana a Hernández. "Martín Fierro" permanece incólume.

Tu libro es audaz y ambicioso. Has tenido que rumiar mucho en procura de razones valederas. Opino que si pudieras sacudirte —como perro al salir del agua—, si pudieras sacudirte de Martínez Estrada, digo, ganarías mucho en libertad de juicio. No olvides que este gran alucinado, en su "Muerte y Transfiguración de Martín Fierro", macaneó con solemnidad, a su antojo, incurriendo gratuitamente en calumnias e injurias graves hacia la persona del poeta. Y esto no es juego limpio, así provenga de una alta torre de soberbia intelectual. Advertidos al pasar, no quisiera omitir dos pequeños detalles erróneos en su trabajo.

¿Por qué se cita repetidas veces a "Lamperti" (la reiteración probaría que no se trata de un simple error de imprenta), en vez de LAMBERTI, Antonino, el bueno, chispeante y travieso dilecto amigo de nuestro Payró?

Y otrosí: cuando fijas la batalla de Cepeda en 1861, año de Pavón, retaceas la gloria de Mitre, empañas sus entorchados y corres el riesgo de que "La Nación" te borre inmediatamente de la lista de suscriptores...

Luego, condenas muy acertadamente la brutalidad de la doma, oponiéndola al paciente modo del indio. Lástima que en páginas anteriores celebres la costumbre bárbara de jinetear reservados, estimándola como "un magnífico espectáculo nativo". ¿No se trata, acaso, de un alarde de crueldad inútil? En su notable obra "La historia de los caballos", de Leopoldo Lugones (h.), aparecida este año, se leen atinadas reflexiones sobre el tema. Conviene conocerlas.

Finalmente, mi estimado Raúl, al enjuiciarte ejercitando de paso el humor que ayuda a sobrellevar la carga de los años, declaro no aspirar a tener toda la razón de mi parte. Para lograrla siquiera sea en proporción mínima, y dado el estado de cosas que atraviesa el país, recurriré a un militar, como se estilaba...

Me apoyo, pues, nada menos que en el agudo General Mansilla y repito sus proféticas palabras despidiendo los restos del poeta genial, el 22 de octubre de 1886:

"...Pero afirmo que, cuando sea sepultado en el polvo del olvido la fama de muchos de nuestros grandes hombres de circunstancias, persistirá en la memoria del pueblo el nombre de "Martín Fierro", y que José Hernández no habrá muerto".

Sigamos releyéndolo, hermano. Puede que algún día nos sea concedida la Gracia de revelar toda su magia y su misterio, el encantamiento de su música terrígena.

Seguiría charlando con vos. Tengo la garganta seca. Como prefiero "mojarme por adentro", me debes una buena copa.

Un fuerte apretón de manos de éste tu colega "frangollador".

ABEL SÁNCHEZ UNCAL

Leído y comentado

JUAN MANUEL DE ROSAS

por José Luis Busaniche

CUANDO el historiador y traductor José Luis Busaniche murió —mayo de 1959—, dejó entre sus papeles algunos originales inéditos que debieron formar parte de la obra *Rosas visto por sus contemporáneos*, aparecida en 1955 llamativamente sin prólogo. En realidad, el prólogo estaba escrito, pero la editorial que publicó el libro lo había rechazado por considerarlo excesivamente rosista. Ahora, al aparecer este *Juan Manuel de Rosas* complementario, acertadamente ordenado por Manuel Benito Somoza, venimos a informarnos de la existencia de un segundo prólogo que, al parecer, tampoco agradó a los editores.

José Luis Busaniche no fue rosista, pero tampoco anti; su singular honradez intelectual, su poco común independencia espiritual, su justificada desconfianza hacia las historias prefabricadas y su claro sentido nacional, fueron valores suficientes para llevarlo lejos del Corán de la Academia de la Historia. Como no suspiraba por una banca en esa anacrónica institución de nuestro liberalismo, pudo realizar su tarea espiritual sin concesiones y sin temor al *Index* oficial de los taitas de la historia argentina. De esta situación especial suya, de historiador, nace la particular situación de sus escritos sobre Rosas y su gobierno.

Con todo acierto, Somoza ha logrado reunir en este volumen y dar unidad a un material de altísimo interés. Nada se agrega aquí sobre la posición del historiador santafesino frente al personaje; pero el resultado es igualmente de un valor cultural superior. Como ocurre con el *Rosas visto por sus contemporáneos*, volvemos a encontrar aquí un don Juan Manuel de dimensión humana pocas veces descubierta.

En 1955, otro santafesino eminente, Horacio Caillet-Bois, le decía a Busaniche a propósito de aquella obra: “Este libro suyo, objetivo y veraz, en el que Ud. nos conduce sagazmente por la maraña de los acontecimientos llevándonos de la mano pero sin hacerse sentir, e iluminándonos el panorama con el eco auténtico de los hechos en el mismo momento en que ocurrieron a través de la pluma y la opinión de los más dispares testigos presenciales, nos muestra un Rosas nuevo —a lo menos para mí— mucho más humano, patriarcal e informado de problemas universales y culturales de lo que yo creía. Su Rosas surge de la leyenda negra o roja mucho mejor de lo que

uno se lo podía figurar. No ha sido ésa su intención: pero Ud. ha hecho con su libro por la reivindicación y la inmortalidad de Rosas mucho más que han hecho todos los llamados ‘rosistas’ juntos”.

Lo dicho entonces por Caillet-Bois vale para este complemento literario, en el que se repiten las calidades de escritor que adornaban a Busaniche (1).

EL NOMBRE, EL PAGO Y LA FRONTERA
DE MARTÍN FIERRO

por R. Darío Capdevila

DESDE Tapalqué nos llega este meritorio libro que se cuenta entre los pocos que, en los últimos años, han venido a recuperar el marco histórico y geográfico que interesa a la creación del poema de José Hernández. En este sentido, la obra de Capdevila aporta interesantes elementos que ayudarán a recobrar las vivencias del poeta bonaerense, seguramente reflejadas, con el tiempo, en las estrofas magistrales.

Entre los datos históricos en que el autor se detiene cabe destacar, especialmente, los que se refieren a la aproximación de la figura de Hernández a la de Adolfo Alsina; y también todos los referentes a la filiación de don José Zoilo Miguens, ese otro gran ignorado de la geografía espiritual del poema hernandino. Y desde luego, el recuerdo sustancial de don Martín Colman, figura fundamental de este libro; pero “éstas son otras cuarenta”, como decía el payador.

Una crónica de “El Río de la Plata”, escrita por Hernández en 1869, referente a un paseo a Chascomús, en la que el nombre de *Martín Fierro* aparece sustituyendo al de Martín Colman, ha dado pie para que se sostenga la tesis de que el nombre del poema no fue otra cosa que un homenaje del poeta gaucho al nombrado estanciero bonaerense. La tesis tiene asidero; mucho más que aquella otra que gira en torno a don Melitón Fierro, un tropero bonaerense coetáneo del padre de José Hernández. Pero no es concluyente, ni mucho menos. Creemos que el nombre del protagonista del poema hernandino fue elegido por muchas otras razones, que sobrepasen la mera simpatía del creador por este o aquel personaje de carne y hueso (2).

(1) Ediciones Theoria.

(2) Ediciones Patria.